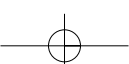
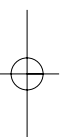




ElCobre



MAGIA
G. K. Chesterton

Colección Abyectos, dirigida por Luis Cayo Pérez Bueno
Título original: *Magic*
Diseño gráfico: G. Gauger

Primera edición: octubre de 2008
© de la traducción: Juanjo Estrella, 2008
ElCobre Ediciones
c/ Folgarolas, 7, bajos dcha. - 08022 Barcelona
www.elcobre.es
tesagasull@elcobre.es
Depósito legal: B.
ISBN: 978-84-96501-49-2
Impreso en la UE - Printed in the EU

Colección promovida por



Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

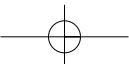
MAGIA

Una comedia fantástica

G. K. Chesterton

ElCobre

Traducción de Juanjo Estrella



Personajes

EL DUQUE

DOCTOR GRIMTHORPE

REVERENDO CYRIL SMITH

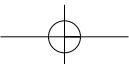
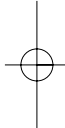
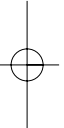
MORRIS CARLEON

HASTINGS, SECRETARIO DEL DUQUE

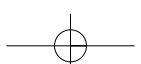
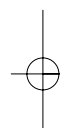
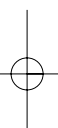
EL DESCONOCIDO

PATRICIA CARLEON

La acción transcurre en el salón del Duque.



PRELUDIO Y ACTO I



En escena:

Plantación de árboles jóvenes de tronco fino, en un crepúsculo de lluvia y niebla. Por entre algunas ramas en flor se distingue la tierra.

Aparece el DESCONOCIDO, figura ataviada con capa de capucha puntiaguda. Sus ropas pueden pertenecer a la época moderna o a cualquier otra, y la capucha le oculta el rostro casi por completo.

Se oye una voz distante de mujer que, cantándolas a medias, entonándolas a medias, pronuncia unas palabras ininteligibles. La figura oculta bajo la capa alza la frente y escucha con interés. La canción se hace más audible y entra PATRICIA CARLEON. Morena y delgada, su gesto expresa ensoñación. Aunque su atuendo es elegante, va algo despeinada. Sostiene en la mano la rama rota de algún árbol en flor. No se percata de la presencia del DESCONOCIDO, y aunque él la ha observado con atención, no le hace ninguna seña. De pronto ella lo ve y, asustada, retrocede.

PATRICIA: ¡Oh! ¿Quién es usted?

DESCONOCIDO: ¡Ah! ¿Quién soy?

(Empieza a murmurar para sus adentros, y traza marcas en el suelo con una vara.)

Sombrero llevo, mas con él no me toco,
espada tengo, mas con ella no mato,
y una baraja de cartas,
cargo siempre en el zurrón,
mas con ellas no juego.

PATRICIA: ¿Qué es usted? ¿Qué está diciendo?

DESCONOCIDO: Hablo en la lengua de los duendes, oh,
hija de Eva.

PATRICIA: Nunca hubiera dicho que los duendes fueran así. Pero si es más alto que yo...

DESCONOCIDO: Somos de la estatura que más nos place. Pero los elfos no sólo no crecen, sino que menguan cuando se mezclan con los mortales.

PATRICIA: Quiere decir que son seres superiores a nosotros.

DESCONOCIDO: Hija de los hombres, si quieres ver a un duende como es, busca su cabeza más allá de las estrellas, y sus pies entre los lechos marinos. Las ancianas te han contado que los duendes son tan pequeños que no se ven. Pero yo te digo que si son invisibles es porque son demasiado poderosos. Pues son aquellos antiguos dioses que veían como pigmeos a los gigantes. Son los Espíritus Elementales, y

cualquiera de ellos es mayor que el mundo. Y tú los buscas en las bellotas y en las setas, y te preguntas por qué nunca los ves.

PATRICIA: Pero tiene usted forma y tamaño de hombre...

DESCONOCIDO: Eso es porque iba a hablar con una mujer.

PATRICIA: *(Retrocediendo, presa del asombro.)* Se diría que crece mientras habla.

(La escena parece difuminarse, y deja paso al lugar en que se desarrolla el PRIMER ACTO: el salón del Duque, una estancia con grandes ventanales o aberturas lo bastante amplias como para mostrar un jardín, y una casa en las inmediaciones. Ha anochecido, y en la vivienda que aparece en la distancia se observa una luz roja encendida. El reverendo CYRIL SMITH está sentado con el sombrero y el paraguas junto a él, lo que delata su condición de visitante. Se trata de un joven que luce el más distinguido alzacuellos de la Alta Iglesia Anglicana, así como todas las características de un fanático reprimido. Es socialista cristiano, y se toma en serio su sacerdocio. Se trata de un hombre honrado, y nada necio.)

(Entra el señor HASTINGS con unos papeles en la mano.)

HASTINGS: Ah, buenas noches. Usted es el señor Smith.
(Pausa.) El rector, creo.

SMITH: Sí, soy el rector.

HASTINGS: Yo soy el secretario del Duque. Su Excelencia me pide que le anuncie que espera estar muy pronto con usted. Pero ahora mismo se encuentra reunido con el doctor.

SMITH: ¿Se siente enfermo el Duque?

HASTINGS: *(Riéndose.)* Oh, no. El doctor ha venido a pedirle un donativo para cierta causa. El Duque no está nunca enfermo.

SMITH: ¿Está el médico con él en este momento?

HASTINGS: Bueno, no en sentido estricto. El doctor se ha desplazado hasta su casa, enfrente mismo, en busca de un papel relacionado con su propuesta. Pero no es lejos, como ve. Está ahí, donde ve esa luz roja, al final del jardín.

SMITH: Sí, lo sé. Y muchas gracias. Esperaré lo que haga falta.

HASTINGS: *(Con voz de ánimo.)* Oh, no será mucho.

(Sale.)

(Por los ventanales del jardín entra el DOCTOR GRIMTHORPE, leyendo algo en un papel. Se trata de un médico anticuado, todo un caballero, vestido con gran pulcritud, aunque ligeramente trasnochado. Aparenta unos sesenta años, y podría haber sido amigo de Huxley.)

DOCTOR: (*Doblando el papel.*) Le pido disculpas, señor, no sabía que hubiera nadie más.

SMITH: (*Amigablemente.*) Y yo se las pido a usted. Un nuevo pastor no puede pretender que se espere su presencia. Sólo he venido para ver al Duque en relación con unos asuntos locales.

DOCTOR: (*Sonriendo.*) Lo mismo que yo, por extraño que parezca. Aunque supongo que a los dos nos interesa que nos atienda por separado.

SMITH: Oh, en mi caso no tengo nada que ocultar. Presto mi apoyo a una liga que defiende la apertura de un pub modelo en esta parroquia. Y, sencillamente, he venido a pedirle a Su Excelencia un donativo para la causa.

DOCTOR: (*Seco.*) Pues resulta que yo presto mi apoyo a la petición que se opone a la apertura de un pub en esta parroquia. La similitud de nuestra posición crece por momentos.

SMITH: Sí, creo que debemos de ser gemelos.

DOCTOR: (*Algo más divertido.*) Y dígame, ¿qué es un pub modelo? ¿Se refiere a un pub de juguete?

SMITH: Me refiero a un lugar donde los ingleses puedan beber y comer decentemente. ¿Llamaría a eso «juguete»?

DOCTOR: No, lo llamaría «truco de magia». O, por respeto a sus hábitos, lo llamaría «milagro».

SMITH: Le agradezco el respeto que profesa por mis hábitos. Me limito a cumplir con mi deber de sacerdote. ¿Con qué derecho va la Iglesia a obligar a los hombres al ayuno si no les permite el banquete?

DOCTOR: (*Con acritud.*) Y cuando haya terminado de cebarlos, me los enviará a mí para que los cure.

SMITH: Sí. Y cuando usted haya terminado de curarlos, me los enviará a mí para que los entierre.

DOCTOR: (*Tras una larga pausa, riéndose.*) Bueno, las viejas doctrinas son todas de su patrimonio. Es justo que también lo sean todos los chistes viejos.

SMITH: (*Riéndose también.*) Sí, claro. Por eso llama usted truco de magia a que los pobres puedan beber con moderación.

DOCTOR: Llamo descubrimiento químico al hecho de que el alcohol no sea un alimento.

SMITH: ¿Usted no bebe vino?

DOCTOR: (*Algo desconcertado.*) ¡Beber vino! ¿Y qué otra cosa se puede beber?

SMITH: De modo que beber decentemente es un truco de magia que, en todo caso, sí está a su alcance.

DOCTOR: *(Sin abandonar el buen humor.)* Bueno, bueno, esperemos que así sea. Y, hablando de magia, aquí mismo, esta noche, habrá trucos y muchas cosas más.

SMITH: ¿Magia? ¿De veras? ¿Y cómo es eso?

(Entra HASTINGS con una carta en cada mano.)

HASTINGS: Su Excelencia los recibirá ahora mismo. Pero ha pedido que, antes, me ocupe yo de los negocios.

(Les entrega un papel a cada uno.)

SMITH: *(Volviéndose, ufano, hacia el DOCTOR.)* Muy espléndido. El Duque contribuye con cincuenta libras a la apertura del nuevo pub.

HASTINGS: Es que el Duque es muy liberal.

(Recoge unos papeles.)

DOCTOR: *(Examinando su cheque.)* Sí, pero, qué curioso... También contribuye con cincuenta libras a la liga que se opone a la apertura del nuevo pub.

HASTINGS: Es que el Duque es muy amplio de miras.

(Sale.)

SMITH: *(Mirando su cheque.)* ¡Amplio de miras! Des-pistado, diría yo.

DOCTOR: (*Sentándose y encendiendo un cigarro.*) Bien, sí. Es cierto que al Duque se le olvidan un poco (*se lleva el cigarro a la boca y da una chupada*) las cosas. Y es partidario de llegar a acuerdos. Es de los que, cuando les hablas de las cinco mejores razas de perros, siempre acaban comprando un vulgar chuchó. El Duque es el hombre más amable del mundo, y siempre intenta complacer a todos. Por lo general, acaba por no complacer a nadie.

SMITH: Sí, creo que sé de qué habla.

DOCTOR: Tomemos como ejemplo esos trucos de magia. ¿Sabe que el Duque tiene a su cargo a dos personas que van a vivir con él?

SMITH: Sí, algo he oído de unos sobrinos irlandeses.

DOCTOR: La sobrina vino de Irlanda hace unos meses, pero el sobrino regresa hoy mismo desde América. (*Se levanta bruscamente y camina por la sala.*) Me parece que voy a contárselo. A pesar de su adorado pub, me parece usted un hombre sensato. Y creo que esta noche me vendrá bien contar con el mayor número de hombres sensatos.

SMITH: (*Poniéndose también en pie.*) Estoy a su servicio. ¿Sabe? Ya suponía que no había venido usted hasta aquí sólo para protestar contra mi querido pub.

DOCTOR: (*Caminando de un lado a otro con disimulada emoción.*) Pues ha supuesto usted bien. Fui

médico de cabecera del hermano del Duque, en Irlanda. Conocía bastante bien a la familia.

SMITH: *(En voz baja.)* Imagino que se refiere a que conocía alguna peculiaridad de la familia.

DOCTOR: Veían duendes y cosas por el estilo.

SMITH: Y supongo que, para una mentalidad médica, ver duendes es más o menos lo mismo que ver serpientes.

DOCTOR: *(Con una sonrisa amarga.)* Bueno, los veían en Irlanda. Supongo que no tiene nada de malo ver duendes en Irlanda. Es como jugar a las apuestas en Montecarlo. Algo bastante respetable. Pero que los vean en Inglaterra, eso sí que no. Me opongo a que traigan sus fantasmas, sus enanitos y sus brujas y los metan en el jardín del pobre Duque, a un paso de mi lámpara roja. Demuestra falta de tacto.

SMITH: Deduzco que los sobrinos del Duque ven brujas y duendes entre esta casa y la suya.

(Se acerca al ventanal y mira por él.)

DOCTOR: Esto... el sobrino llega de América. Es lógico suponer que no se vean duendes en América. Pero existe esa especie de superstición en la familia, y la niña me preocupa.

SMITH: ¿Por qué? ¿Qué hace?

DOCTOR: Ah, vaga por el jardín y por el bosque en los atardeceres, sobre todo si son húmedos. Ella los llama crepúsculos celtas.* A mí, personalmente, los crepúsculos celtas no me vienen nada bien. Por lo general, me dan catarro. Y, lo que es peor, siempre dice que se reúne con alguien, con un elfo, un hechicero, algo así. No me gusta nada.

SMITH: ¿Se lo ha contado al Duque?

DOCTOR: (*Esbozando una sonrisa tensa.*) Sí, se lo he contado al Duque. Y el resultado ha sido el ilusionista.

SMITH: (*Con asombro.*) ¿El ilusionista?

DOCTOR: (*Deja el cigarro en el cenicero.*) El Duque es indescriptible. Llegará dentro de nada y podrá juzgar por sí mismo. Póngale delante dos o tres hechos o ideas, y lo que deduce es siempre algo que parece no tener nada que ver con ellos. Si le cuenta a cualquier otro ser humano que una niña sueña con duendes y que tiene un hermano la mar de práctico que llega de América, éste llegará a alguna conclusión obvia que satisfará a alguien: envíenla a América, o que siga con sus duendes en Irlanda. Pero al Duque le parece que un ilusionista es lo más conveniente para el caso. Supongo que de algún modo cree que la cosa se animará un poco, que de algún

* Referencia a una obra de W. B. Yeats, *El crepúsculo celta*, a la que Chesterton alude en distintos pasajes de la comedia. (*N. del T.*)

modo satisfará el interés de los crédulos por lo sobrenatural y el de los incrédulos por las cosas interesantes. Pero, de hecho, el incrédulo cree que el ilusionista es un embaucador, y el crédulo lo cree también. El ilusionista no satisface a nadie. Y por eso satisface al Duque.

(Entra el DUQUE acompañado de HASTINGS, que sostiene unos papeles en la mano. El DUQUE es un hombre de aspecto saludable y rubicundo, vestido con traje de tweed, y de mirada algo perdida. Dada la actual situación de la nobleza, conviene aclarar que el DUQUE, a pesar de sus necedades, es todo un caballero.)

DUQUE: Buenos días, señor Smith. Siento mucho la espera, pero he estado bastante ocupado hoy. *(Se vuelve hacia HASTINGS, que se ha acercado a una mesa con los papeles.)* ¿Ya sabe que el señor Carleon viene esta tarde?

HASTINGS: Sí, Excelencia. Su séquito ya debe de haber llegado. He enviado la calesa.

DUQUE: Gracias. *(Volviéndose hacia los otros dos.)* Doctor Grimthorpe, mi sobrino Morris, ya sabe, el hermano de la señorita Carleon, el de América. He oído que está logrando grandes cosas por allí. Petróleo, o qué sé yo. Ha de moverse con los tiempos, ¿no cree?

DOCTOR: Me temo que el señor Smith no siempre coincide en eso de moverse con los tiempos.

DUQUE: ¡Oh, vamos, vamos! ¡El progreso, ya sabe, el progreso! Por supuesto que sé lo ocupado que está. No debe trabajar más de la cuenta, ¿sabe? Hastings me ha contado que se han reído ustedes de mis donativos. Bueno, bueno, yo soy partidario de abordar los asuntos desde sus dos lados. Aspectos, como los llamaba el viejo Buffle. Aspectos. *(Extendiendo los brazos para abarcarlos a los dos.)* Usted representa la tendencia a beber con moderación, y hace bien a su manera. El doctor representa la tendencia a no beber nada, y a su manera también hace bien. No podemos seguir como en la antigua Britania.

(Silencio prolongado y perplejo, como el que siempre sigue a las abruptas asociaciones o disociaciones mentales del DUQUE.)

SMITH: *(Al fin, débilmente.)* La antigua Britania...

DOCTOR: *(A SMITH, en voz baja.)* No se preocupe, es sólo su amplitud de miras.

DUQUE: *(Con su alegría intacta.)* He visto el local que está construyendo para su propósito, señor Smith. Muy buen trabajo. Muy buen trabajo, sin duda. Arte para el pueblo, ¿verdad? Me gustó sobre todo ese acabado de marquetería de la puerta que da a poniente... Le recuerda a uno la Revolución francesa.

(Otro silencio. Mientras el DUQUE se pasea en estado de alerta por la sala, SMITH habla con el DOCTOR en voz baja.)

SMITH: ¿A usted le recuerda la Revolución francesa?

DOCTOR: Tanto como cualquier otra cosa. Su Excelencia, en cambio, nunca me recuerda a nada.

(Se oye una voz joven y muy americana que llama desde el jardín.)

VOZ DE MORRIS: ¿Alguien puede ayudarme con una de estas maletas?

(El señor HASTINGS sale al jardín y regresa con MORRIS CARLEON, un hombre muy joven, apenas un muchacho, pero que luce ropas y modales de americano adulto. Es moreno, más bien pequeño y activo, y el tipo racial que subyace a su americanismo es irlandés.)

MORRIS: *(Divertido, mientras asoma la cabeza por una ventana.)* Vamos a ver, ¿vive aquí algún Duque?

DOCTOR: *(Que es quien está más cerca de él, y con voz muy grave.)* Sí, sólo uno.

MORRIS: Bien, supongo que es el que busco. Soy su sobrino.

(El DUQUE, que sigue rumiando en segundo plano, con un ojo bastante perdido, se vuelve al oír la voz y estrecha con gran afecto la mano de MORRIS.)

DUQUE: Estoy encantado de verte, querido niño. Me han dicho que te va muy bien.

MORRIS: *(Riéndose.)* Bien, bastante bien, Duque. Y a Paul T. Vandam le va mejor todavía, supongo. Le administro las minas al viejo en Arizona, ya sabe.

DUQUE: *(Meneando la cabeza, sagaz.)* Ah, un hombre muy emprendedor. De métodos muy emprendedores, según me cuentan. Me atrevería a decir que hace mucho bien con su dinero. Y no podemos regresar a los tiempos de la Inquisición española.

(Silencio, durante el que los tres hombres se miran unos a otros.)

MORRIS: *(Bruscamente.)* ¿Y cómo está Patricia?

DUQUE: *(Algo lento.)* Oh, está muy bien, creo. Ha...

(Vacila ligeramente.)

MORRIS: *(Sonriendo.)* ¿Y entonces? ¿Dónde está Patricia?

(Se produce una pausa algo incómoda y el DOCTOR toma la palabra.)

DOCTOR: La señorita Carleon está paseando por los jardines, creo.

(MORRIS se acerca a los ventanales y mira por ellos.)

MORRIS: Pues la noche está fría; ¿escoge mi hermana por lo general noches como esta para salir a tomar el frío y la humedad?

DOCTOR: (*Tras una pausa.*) Si me lo permite, estoy de acuerdo con usted. Con frecuencia me he tomado la libertad de advertir a su hermana sobre lo inconveniente de pasear con este tiempo.

DUQUE: (*Agitando las manos expansivamente.*) ¡Temperamento artístico! ¡Yo siempre lo llamo temperamento artístico! Wordsworth, ya saben, y todo eso.

(*Silencio.*)

MORRIS: (*Observándolo.*) ¿Todo eso qué?

DUQUE: (*Prosiguiendo con entusiasmo su conferencia.*) ¡Pues todo es temperamento, ya sabes! Que vea duendes forma parte de su temperamento. Como forma parte del mío no verlos. Yo he paseado por los jardines veinte veces y jamás he visto a un duende. Es como eso del hechicero, o como lo llame ella. Según dice, ahí hay alguien. Para nosotros, no lo habría. ¿No lo entiendes?

MORRIS: (*Adelantándose, alterado.*) ¡Alguien ahí...!
¿A qué se refiere?

DUQUE: (*Fantasiado.*) Bien, no se le puede llamar hombre.

MORRIS: (*Violento.*) ¡Hombre!

DUQUE: Como decía el viejo Buffle, ¿qué es un hombre?

MORRIS: *(Marcando más el acento americano.)* Con su permiso, Duque, prescindiré del viejo Buffle. ¡Caray! ¿Insinúa usted que alguien ha tenido el valor de sugerir que un hombre...?

DUQUE: No, un hombre no. Ya sabes, un mago, algo mítico, ya sabes.

SMITH: No un hombre, sino un sanador.

DOCTOR: *(Serio.)* Yo soy un sanador.

MORRIS: Y no parece usted muy mítico, doctor.

(Se muerde un dedo y empieza a caminar sin descanso de un lado a otro del salón.)

DUQUE: Bien, ya saben, el temperamento artístico...

MORRIS: *(Volviéndose de pronto.)* ¡Entiéndalo, Duque! En muchos sentidos comerciales, somos un país avanzado. Pero en estos asuntos morales, nos conformamos con ser un país atrasado. Y si me pregunta si me gusta que mi hermana se pasee por el bosque en una noche como ésta, la respuesta es que no.

DUQUE: Me temo que los americanos no sois tan avanzados como esperaba. ¡Claro! Como decía siempre el viejo Buffle...

(Mientras habla, se oye una voz distante que canta en el jardín. Se acerca cada vez más, y SMITH se vuelve de repente hacia el DOCTOR.)

SMITH: ¿De quién es esa voz?

DOCTOR: ¡No es asunto mío decidirlo!

MORRIS: (*Acercándose al ventanal.*) No se preocupe.
Yo sé quién es.

(*Entra PATRICIA CARLEON.*)

MORRIS: (*Aún alterado.*) Patricia, ¿dónde estabas?

PATRICIA: (*Con notable desconfianza.*) ¡Oh! En el país
de los duendes.

DOCTOR: (*Ocurrente.*) ¿Y eso dónde queda?

PATRICIA: Es bastante distinto de otros lugares. Está a
la vez en ninguna parte y allí donde estás tú.

MORRIS: (*Seco.*) ¿Tiene habitantes?

PATRICIA: Por lo común, sólo dos. Uno mismo y su
sombra. Pero que él sea mi sombra o yo la suya
nunca se sabe.

MORRIS: ¿Él? ¿Quién?

PATRICIA: (*Que parece percatarse al fin de su enfado, y
sonríe.*) Oh, no te pongas convencional, Morris. Él
no es mortal.

MORRIS: ¿Cómo se llama?

PATRICIA: Allí no tenemos nombres. Nunca conoces de veras a alguien si conoces su nombre.

MORRIS: ¿Y qué aspecto tiene?

PATRICIA: Sólo lo he visto al crepúsculo. Parecía llevar una capa larga con capucha puntiaguda, como los elfos de los cuentos infantiles. A veces, cuando desde aquí miro por la ventana, lo veo pasar frente a esta casa, como una sombra. Y distingo el pico de la capucha, oscura contra el sol que se pone o contra la luna que sale.

SMITH: ¿De qué le habla?

PATRICIA: Me dice la verdad. Muchas cosas verdaderas. Es hechicero.

MORRIS: ¿Cómo sabes que es hechicero? Supongo que hará algún hechizo.

PATRICIA: Aunque no los hiciera, sabría que lo es. Pero un día se agachó, recogió una piedra, la lanzó al aire, y la piedra ascendió a los cielos como un pájaro.

MORRIS: ¿Fue eso lo primero que te hizo pensar que era hechicero?

PATRICIA: Oh, no. La primera vez que lo vi, dibujaba círculos y pentáculos sobre la hierba, y hablaba en la lengua de los elfos.

MORRIS: (*Escéptico.*) ¿Y tú conoces la lengua de los elfos?

PATRICIA: No hasta que la oí.

MORRIS: (*Baja la voz como para que lo oiga sólo su hermana, pero pierde la paciencia y termina hablando en un tono mucho más alto del que imagina.*) Mira, Patricia, me parece que esto ya ha llegado al límite. No pienso consentir que te engañe un vagabundo, o un adivino cualquiera, sólo porque tú hayas decidido leer unos poemillas sobre duendes. Si ese cingaro, o lo que sea, vuelve a molestarte...

DOCTOR: (*Posa la mano en el hombro de MORRIS.*) Vamos, debe usted darle una oportunidad a la poesía. No todos podemos alimentarnos de petróleo solamente.

DUQUE: Cierto, bastante cierto. Y, siendo irlandés, ya sabes, celta, como decía siempre el viejo Buffle, con esas canciones encantadoras, ya me entiendes, esas sobre la niña irlandesa con el chal a cuadros... y las *banshees*.* (*Suspira profundamente.*) ¡Pobre viejo Gladstone!

(*Silencio, como de costumbre.*)

* Hadas del folclor irlandés que con su presencia advierten de una muerte inminente. (*N. del T.*)

SMITH: (*Se dirige al DOCTOR.*) Creía que consideraba usted la superstición familiar algo malo para la salud.

DOCTOR: Considero que la superstición familiar es mejor para la salud que una pelea familiar. (*Se acerca despreocupadamente a PATRICIA.*) Bien, ha de ser hermoso ser joven y ver aún todas esas estrellas y esas puestas de sol. Nosotros, los vejestorios, no seremos demasiado estrictos si su visión de las cosas a veces se hace... ¿algo confusa, podríamos decir? Si las estrellas caen sobre la hierba por error. O si una o dos veces el sol se pone por el este. Sólo diremos: «Sueña tanto como quieras. Sueña por toda la humanidad. Sueña por los que ya no podemos soñar. Pero no olvides la diferencia.»

PATRICIA: ¿Qué diferencia?

DOCTOR: La diferencia entre lo que es hermoso y lo que es. Esa luz roja sobre mi puerta no es hermosa, pero está ahí. Puedes incluso llegar a alegrarte de que esté ahí, cuando las estrellas de oro y plata se hayan esfumado. Yo ya soy viejo, pero algunos hombres todavía se alegran de encontrar encendida mi luz roja. No digo que sean los más sensatos.

PATRICIA: (*Algo afectada.*) Sí, ya sé que es usted bueno con todo el mundo. Pero ¿no cree que puede haber estrellas flotantes y espirituales que duren más que las lámparas rojas?

SMITH: *(Con decisión.)* Sí. Pero son estrellas fijas.

DOCTOR: La lámpara roja durará lo que dure yo.

DUQUE: ¡Estupendo! ¡Estupendo! Claro, es como Tennyson. *(Silencio.)* Recuerdo que antes de licenciarm...

(La luz roja desaparece. Al principio nadie se da cuenta, excepto PATRICIA, que señala, nerviosa.)

MORRIS: ¿Qué sucede?

PATRICIA: La estrella roja ya no está.

MORRIS: ¡Tonterías! *(Se acerca a toda prisa a los ventanales que dan al jardín.)* Eso es porque alguien se ha puesto delante. Diga, Duque, que hay alguien en su finca.

PATRICIA: *(Sosegada.)* Ya te he dicho que él andaba por el jardín.

MORRIS: Si es ese adivino tuyo...

(Desaparece en el jardín, seguido por el DOCTOR.)

DUQUE: *(Observa.)* ¡Alguien en el jardín! La verdad es que, con esta Reforma Agraria...

(Silencio.)

(MORRIS aparece de nuevo, casi sin aliento.)

MORRIS: Un tipo ágil, ese amigo tuyo. Se me ha escurrido entre las manos como una sombra.

PATRICIA: Ya te he dicho que era una sombra.

MORRIS: Bien, supongo que está a punto de dar comienzo la caza de la sombra. ¿Tiene una linterna, Duque?

PATRICIA: Oh, no te molestes. Acudiré si le llamo.

(Sale al jardín y entona a medias unas palabras ininteligibles, similares al cántico que ha precedido su aparición. La luz roja reaparece y se oye un sonido débil, como de hojas secas pisadas por pasos que se acercan. El DESCONOCIDO, con la capa puesta y la capucha calada, se hace visible en el exterior de los ventanales.)

PATRICIA: Puedes entrar a través de cualquier puerta.

(La figura accede a la estancia.)

MORRIS: *(Cerrando los ventanales una vez el DESCONOCIDO los ha franqueado.)* Ahá, mira, hechicero, ya te tenemos. Y sabemos que eres un embaucador.

SMITH: *(En voz baja.)* Disculpe, pero no creo que lo sepamos. Por mi parte, debo admitir que comparto algo del agnosticismo del doctor.

MORRIS: (*Alterado y volviéndose, casi con una mueca de burla.*) No sabía que los religiosos hicieran caso de más fábulas que las suyas.

SMITH: Yo hago caso de aquello a lo que el hombre tiene derecho. Tal vez de lo único a lo que tiene derecho.

MORRIS: ¿Y qué es?

SMITH: El beneficio de la duda. Incluso su amo, el magnate del petróleo, tiene derecho a él. Y diría que, en su caso, le hace más falta.

MORRIS: No creo que haya demasiadas dudas al respecto, padre. He conocido a hombres como éste con frecuencia, a hombres que despluman a las niñas contándoles que hacen desaparecer las piedras.

DOCTOR: (*Al DESCONOCIDO.*) ¿Afirma usted que hace desaparecer las piedras?

DESCONOCIDO: Sí, puedo hacerlas desaparecer.

MORRIS: (*Con dureza.*) Supongo que es usted de esos sinvergüenzas que saben hacer desaparecer relojes y cadenas.

DESCONOCIDO: Sí, sé hacer desaparecer relojes y cadenas.

MORRIS: Y diría que también es de los que desaparecen con gran facilidad.

DESCONOCIDO: Lo he hecho.

MORRIS: (*Esbozando una sonrisa burlona.*) ¿Desaparecería ahora?

DESCONOCIDO: (*Tras pensarlo durante unos instantes.*) No, creo que voy a hacer todo lo contrario: voy a aparecer. (*Echa hacia atrás la capucha y muestra la cabeza de un hombre de aspecto intelectual, joven aunque algo ajado. Entonces se desabrocha la capa y se la quita, dejando al descubierto un esmoquin. Avanza por el salón en dirección al DUQUE, quitándose el reloj mientras lo hace.*) Buenas noches, Excelencia. Me temo que llego temprano para la actuación. Pero este caballero (*señala a MORRIS*) parecía algo impaciente por que diera comienzo.

DUQUE: (*Algo perdido.*) Ah, buenas noches. ¿Entonces es usted...?

DESCONOCIDO: (*Haciéndole una reverencia.*) Sí, soy el ilusionista.

(*Todos, salvo PATRICIA, se ríen. Mientras los demás retoman sus conversaciones, el DESCONOCIDO se acerca a ella.*)

DESCONOCIDO: (*Con voz muy triste.*) Siento mucho no ser hechicero.

PATRICIA: Habría preferido que fuera usted un ladrón.

DESCONOCIDO: ¿He cometido un crimen peor que el de robar?

PATRICIA: Ha cometido usted el más cruel de los crímenes que existen, creo yo.

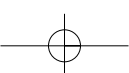
DESCONOCIDO: ¿Y qué crimen es ése?

PATRICIA: Robarle el juguete a un niño.

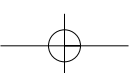
DESCONOCIDO: ¿Y qué he robado yo?

PATRICIA: Un cuento de hadas.

Telón



ACTO II



(La misma sala, más iluminada, una hora más tarde. A un lado, una mesa cubierta con barajas de cartas, pirámides, etc., junto a la que el ILUSIONISTA, de pie y vestido con su esmoquin, prepara sus trucos. Algo más alejado se encuentra el DUQUE; y HASTINGS, que sostiene varios papeles.)

HASTINGS: Son sólo unos asuntos sin importancia. Éstos son los programas del espectáculo que Su Excelencia pedía. El señor Carleon ha expresado grandes deseos de verlos.

DUQUE: Gracias, gracias. *(Coge los programas.)*

HASTINGS: ¿Quiere que los lleve yo, Excelencia?

DUQUE: No, no, no me olvidaré, no me olvidaré. No tiene usted ni idea de lo expeditivo que soy. Tenemos que serlo, ya me entiende. *(Impreciso.)* Ya sé que es usted un poco socialista; pero le aseguro que queda bastante por hacer... implicarse en el país, y todo eso. ¡Y está lo de recordar las caras! El rey nunca olvida las caras. *(Agita los programas.)* Yo nunca olvido las caras. *(Se fija en el ILUSIONISTA y, ocu-*

rrente, lo introduce en la conversación.) Y bien, el profesor actúa para el rey (*deja los programas*), es algo que se ve anunciado en los carromatos, ya sabe, actúa para el rey casi cada noche, supongo...

ILUSIONISTA: (*Sonriendo.*) En ocasiones le doy la noche libre a Su Majestad. Y me concentro, cómo no, en la más alta aristocracia. Pero sí, por supuesto, he actuado para todos los soberanos reinantes, blancos y negros. Nunca ha habido un ilusionista que no lo haya hecho.

DUQUE: ¡Muy cierto, muy cierto! ¿Y está de acuerdo conmigo en que la principal labor de un monarca consiste en recordar a la gente?

ILUSIONISTA: Diría que consiste en recordar a qué gente debe recordar.

DUQUE: Bien, bien, y... (*mira a su alrededor, bastante inquieto, en busca de algo.*) Siendo realmente expeditivo...

HASTINGS: ¿Le llevo los programas, Excelencia?

DUQUE: (*Recogiéndolos.*) No, no, no me olvidaré. ¿Hay algo más?

HASTINGS: Debo acercarme al pueblo por lo del cable a Stratford. Lo único urgente, además de eso, es lo de los Vegetarianos Militantes.

DUQUE: ¡Ah! ¡Los Vegetarianos Militantes! Habrá oído hablar de ellos, seguro. Se niegan a respetar la ley (*al ILUSIONISTA*) mientras el gobierno siga sirviendo carne.

ILUSIONISTA: Pues que estén tranquilos. Es mucha la gente que no la come casi nunca.

DUQUE: Bien, bien, me inclino a decir que son grandes entusiastas. Y avanzados... sí, avanzados, sin duda. Como Juana de Arco.

(Silencio breve, durante el que el ILUSIONISTA lo observa.)

ILUSIONISTA: ¿Era vegetariana Juana de Arco?

DUQUE: Eh... bien... en el fondo, es un ideal muy elevado. Eso de que la vida es sagrada, ya saben, la vida es sagrada. (*Menea la cabeza.*) Pero lo llevan demasiado lejos. Han matado a un policía en Kent.

ILUSIONISTA: ¿Han matado a un policía? ¡Eso sí es vegetariano! Bueno, supongo que lo es, siempre y cuando no se lo coman.

HASTINGS: Piden sólo donativos modestos. En realidad prefieren muchas aportaciones de media corona, porque así demuestran la popularidad de su movimiento. Pero yo aconsejaría...

DUQUE: Oh, entonces deles tres chelines.

HASTINGS: Si me permite sugerirle que...

DUQUE: ¡Qué demonios! A los antivegetarianos les dimos tres chelines. Me parece justo.

HASTINGS: Si me permite sugerírselo, creo que Su Excelencia hará bien en no contribuir en este caso. Los antivegetarianos ya han usado el donativo para constituir bandas con las que protegerse de manera ostensible durante sus reuniones. Y si los vegetarianos usan el suyo para reventar esas reuniones... bien, resultará bastante curioso que hayamos financiado a los delincuentes de los dos bandos. Será bastante difícil explicarlo cuando nos encontremos frente al juez.

DUQUE: Pero es que el juez seré yo. (*El ILUSIONISTA vuelve a mirarlo.*) El sistema funciona así, querido Hastings, ésa es la ventaja del sistema. No se trata de un sistema lógico –no tiene nada de Rousseau–, pero ¡mire qué bien funciona! Yo seré el mejor de todos los magistrados posibles durante la vista. Todos los demás demostrarían prejuicios, claro. El viejo sir Lawrence es vegetariano, y tal vez cargara las tintas contra los antivegetarianos más duros. El coronel Crashaw, sin ninguna duda, las cargaría contra los vegetarianos más acérrimos. Pero si yo les he pagado a los dos, es evidente que no cargaré las tintas contra ninguno de ellos. De modo que ahí tiene. La imparcialidad perfecta.

HASTINGS: (*Domiándose.*) ¿Me llevo los programas, Excelencia?

DUQUE: (*Convencido.*) No, no. No los olvidaré. (*HASTINGS sale.*) Bien, profesor, ¿qué novedades hay en el mundo de los conjuros?

ILUSIONISTA: Me temo que nunca hay ninguna novedad en el mundo de los conjuros.

DUQUE: ¿No tienen ustedes alguna gaceta, o algo así? Hoy en día todo el mundo tiene su gaceta. El... *Diario del Tragasables*, o algo por el estilo.

ILUSIONISTA: No. Yo, que he sido periodista, creo que periodismo y magia serán siempre incompatibles.

DUQUE: Incompatibles... En eso discrepo... ¡En eso mis miras son más amplias! Leyes más amplias, como decía el viejo Buffle. No hay nada incompatible, ¿sabe? Excepto el marido y la mujer, etcétera. Tiene que hablar con Morris sobre ello. Es maravilloso ver hasta dónde ha llegado la incompatibilidad en Estados Unidos.

ILUSIONISTA: Sólo me refería a que los dos oficios se basan en principios opuestos. El objeto de la magia es no explicar algo que sucede.

DUQUE: ¿Y el del periodismo?

ILUSIONISTA: Bien, el objeto del periodismo es explicar algo que no sucede.

DUQUE: Pero les hará falta algún espacio para compartir nuevos trucos.

ILUSIONISTA: No hay trucos nuevos. Y si los hubiera, no querríamos hablar de ellos.

DUQUE: Me temo que no son ustedes... tan... avanzados. ¿Les interesa el progreso moderno?

ILUSIONISTA: Sí. Nos interesan todos los trucos que se valen de la ilusión.

DUQUE: Bien, bien. Ahora debo ir a ver cómo se encuentra Morris. Será un placer verlo más tarde.

(El DUQUE sale, olvidando los programas.)

ILUSIONISTA: ¿Por qué son tan necios los hombres agradables? *(Se vuelve para seguir organizando la mesa.)* Esto está bien. La baraja de cartas que es una baraja de cartas. Y la baraja de cartas que no es una baraja de cartas. La chistera que parece la chistera de un caballero, pero que en realidad no es la chistera de un caballero. Yo soy sólo un ilusionista, y esto es sólo la chistera de un ilusionista. No podría descubrirme con ella al paso de una dama. Puedo sacar conejos de ella, peces, serpientes. Lo único que no debo sacar de ella es mi propia cabeza. Supongo que soy un animal inferior a un conejo o a una serpiente. De un modo u otro ellos salen del sombrero del ilusionista, pero yo no puedo. Soy un ilusionista y nada más que un ilusionista. A menos que pudiera demostrar que soy algo más, y eso sería peor.

(Empieza a repartir las cartas desordenadamente sobre la mesa. PATRICIA entra.)

PATRICIA: *(Fríamente.)* Disculpe. He venido a buscar unos programas. Mi tío los necesita.

(Cruza rápidamente el salón y recoge los programas.)

ILUSIONISTA: *(Sin dejar de repartir las cartas sobre la mesa.)* Señorita Carleon, ¿puedo hablar con usted un momento? *(Se mete las manos en los bolsillos, clava la mirada en la mesa, y compone un gesto sarcónico.)* La pregunta es puramente práctica.

PATRICIA: *(Se detiene al llegar a la puerta.)* No imagino de qué pregunta puede tratarse.

ILUSIONISTA: La pregunta soy yo.

PATRICIA: ¿Y qué tengo que ver yo con ella?

ILUSIONISTA: Usted tiene todo que ver con ella. La pregunta soy yo, y usted...

PATRICIA: *(Airada.)* Bien, ¿qué soy yo?

ILUSIONISTA: Usted es la respuesta.

PATRICIA: ¿La respuesta a qué?

ILUSIONISTA: *(Se coloca delante de la mesa y se sienta apoyándose en el borde.)* La respuesta a mí. Usted

creo que soy un mentiroso porque he caminado con usted por el jardín y le he dicho que podía hacer desaparecer las piedras. Pero es que puedo. Soy ilusionista. Ateniéndonos a los hechos, no soy un mentiroso. Pero aunque hubiera sido mentira, se lo habría dicho de todos modos. Le habría dicho veinte mentiras como ésa. Tal vez usted sepa por qué, y tal vez no.

PATRICIA: Yo no sé nada de esas mentiras.

(Acercas la mano al tirador, pero el ILUSIONISTA, que sigue sentado en el borde de la mesa y se mira las puntas de las botas, no se percata de la acción, y sigue hablando, como en un soliloquio sincero.)

ILUSIONISTA: No sé si tiene la menor idea de lo que significa para un hombre como yo hablar con una dama como usted, aunque sea sobre falsas pretensiones. Yo soy un aventurero. Un canalla, si es que a uno le conceden ese título sólo por pertenecer a todas las sociedades de canallas del mundo. Todo se me ha ocurrido a mí solo ya cuando era un golfo en Fleet Street y, peor aún, cuando fui periodista en Fleet Street. Antes de conocerla jamás imaginé que los ricos pensarán siquiera. Bueno, esto es todo lo que tengo que decirle. Hemos compartido buenas conversaciones, ¿no le parece? Soy un mentiroso. Pero le he contado gran parte de la verdad.

(Se vuelve y sigue organizando la mesa.)

PATRICIA: (*Pensativa.*) Sí, me ha contado gran parte de la verdad. Me ha contado centenares de miles de verdades. Pero no me ha contado la verdad que una quiere saber.

ILUSIONISTA: ¿Y cuál es?

PATRICIA: (*Vuelve sobre sus pasos, alejándose de la puerta.*) No me contó la verdad sobre sí mismo. No me dijo que sólo era el Ilusionista.

ILUSIONISTA: No se lo dije porque ni siquiera lo sé. No sé si soy sólo el Ilusionista...

PATRICIA: ¿Qué quiere decir?

ILUSIONISTA: A veces me temo que soy algo peor que el Ilusionista.

PATRICIA: (*Seria.*) No se me ocurre que pueda haber nada peor que un ilusionista que no se llama a sí mismo ilusionista.

ILUSIONISTA: (*Triste.*) Hay algo peor. (*Recomponiéndose.*) Pero no es eso lo que quiero decir. ¿De veras le parece tan imperdonable? Vamos, deje que le exponga un caso. No importa que no sea nuestro caso. Un hombre pasa su tiempo, incesante, yendo de un vagón de tercera clase a un alojamiento de quinta categoría. Tiene que inventar nuevos trucos, nuevos diálogos, nuevas tonterías, a veces todas las noches de su vida. En su mayor parte, debe hacerlo

en las ciudades brutales y negras de los Midlands y del norte, donde no puede salir a tomar el aire al campo. De tarde en tarde sí lo hace, en la finca de algún caballero, donde sí puede salir a tomar el aire. Bueno, ya sabe que a actores, oradores y gentes de todas clases les gusta ensayar sus efectos al aire libre, siempre que pueden. (*Sonríe.*) Ya conoce la historia de ese gran estadista al que su jardinero oyó decir, mientras paseaba por sus jardines: «De haber recibido, señor portavoz, el menor indicio de que podrían llamarme para que hablara esta noche...» (*PATRICIA reprime una sonrisa y él prosigue con abrumador entusiasmo.*) Pues bien, a los ilusionistas nos sucede lo mismo. Nos hace falta algo de tiempo para preparar una improvisación. Un hombre como ése se pasea por el bosque y por el prado practicando sus trucos con antelación y pronunciando todas sus palabras mágicas porque cree que está solo. Y una noche ese hombre descubrió que no estaba solo. Descubrió que una hermosa muchacha lo miraba.

PATRICIA: ¿Una niña?

ILUSIONISTA: Sí, ésa fue su primera impresión. Es un amigo mío muy íntimo. Nos conocemos de toda la vida. Me cuenta que luego descubrió que no era una niña. No se corresponde con esa definición.

PATRICIA: ¿Cuál es la definición de «niña»?

ILUSIONISTA: Alguien con quien puedes jugar.

PATRICIA: (*Cortante.*) ¿Por qué llevaba esa capa con la capucha puesta?

ILUSIONISTA: (*Sonriendo.*) Creo que no se dio usted cuenta de que llovía.

PATRICIA: (*Sonriendo tímidamente.*) ¿Y qué hizo ese amigo suyo?

ILUSIONISTA: Usted misma lo ha explicado ya. Destruyó un cuento de hadas, porque creó un cuento de hadas que iba a destruir. (*Se sitúa de pronto tras la mesa.*) Pero ¿culpará usted mucho a un hombre, señorita Carleon, si ese hombre disfruta del único cuento de hadas que ha tenido en su vida? Suponga que le dijera que esos círculos absurdos que dibujaba para practicar eran en realidad círculos mágicos. Suponga que le dijera que las palabras mágicas que pronunciaba eran la lengua de los elfos. Recuerde, él ha leído cuentos de hadas tanto como usted. Los cuentos de hadas son las únicas instituciones democráticas. A todas las clases sociales les han contado todos los cuentos de hadas. ¿Le culparía mucho si él también tratara de pasar unas vacaciones en el País de los Duendes?

PATRICIA: (*Directamente.*) Menos de lo que lo he culpado. Pero sigo diciendo que no hay nada peor que la falsa magia. Y, después de todo, fue él quien trajo la falsa magia.

ILUSIONISTA: (*Levantándose de su asiento.*) Sí, y fue ella la que trajo la magia verdadera.

(Entra MORRIS con esmoquin. Se va derecho a la mesa del ILUSIONISTA. Sostiene un artículo tras otro y va dejándolos en su sitio tras dedicarles un comentario.)

MORRIS: Éste me lo sé. Éste me lo sé. Veamos, éste es el doble fondo, creo. Éste va con un alambre. Éste me lo sé: se mete por la manga. Éste es el de la baraja de cartas que se cambia...

PATRICIA: Sinceramente, Morris, no hace falta que hables como si lo supieras todo.

ILUSIONISTA: Oh, a mí no me importa que alguien lo sepa todo, señorita Carleon. Hay algo mucho más importante que saber cómo se hacen las cosas.

MORRIS: ¿Y qué es?

ILUSIONISTA: Saber hacerlas.

MORRIS: *(Que regresa al tono nasal cuando se enfada.)*
Ah, sí, ¿eh? Como ya no puede dárselas de duende, ahora se hace pasar por ilusionista solemne.

PATRICIA: *(Cruza la estancia y se dirige muy seria a su hermano.)* De verdad, Morris, eres un grosero. Y resulta bastante ridículo ser grosero. Este caballero sólo estaba practicando unos trucos en el jardín, para sí mismo. *(Con cierta dignidad.)* Si ha habido algún error, ha sido sólo mío. Vamos, daos la mano, o haced lo que hacen los hombres cuando se discul-

pan. No seas tonto, que no va a convertirte en una pecera llena de peces de colores.

MORRIS: (*Reacio.*) Bien, supongo que ha sido así. (*Le extiende la mano.*) Chóquela. (*Se dan la mano.*) Y no va a convertirme en pecera, de eso nada, profesor. Según creo, cuando se saca de la manga una pecera llena de peces de colores, éstos por lo general son tiras de zanahoria, ¿no es así, profesor?

ILUSIONISTA: (*Secamente.*) Sí. (*Saca una pecera llena de peces de colores de la chistera y la acerca mucho a la cara de su interlocutor.*) Juzgue usted mismo.

MORRIS: (*Entre horrorizado y excitado.*) ¡Muy bien! ¡Muy bien! Pero sé cómo se hace, sé cómo se hace. Hay una gorra de caucho dentro, claro, o un forro...

ILUSIONISTA: Sí.

(*Regresa muy serio a su mesa y se sienta en el borde, recoge una baraja de cartas que manipula con una sola mano.*)

MORRIS: Oh, la mayoría de los misterios son considerablemente sencillos si conoces los artilugios. (*Entran el DOCTOR y SMITH, que conversan con gesto grave pero que guardan silencio al aproximarse al grupo.*) Ojalá, supongo, contáramos con todos los viejos artilugios de todos los viejos sacerdotes y profetas que desde el principio del mundo han sido. Supon-

go que la mayoría de los milagros antiguos que se obraron fueron cuestión de paneles y cables.

ILUSIONISTA: No termino de comprenderle. ¿Cuáles son esos viejos artilugios que tanto añora?

MORRIS: (*Que interviene con todo el frenesí de un joven librepensador.*) Pues bien, señor, añoro los viejos artilugios que convertían las varas en serpientes. Añoro aquellos sabios mecanismos, señor, que extraían agua de las rocas cuando al viejo Moisés se le antojaba golpearlas. Supongo que es una lástima que hayamos perdido esa maquinaria. Me gustaría que estuvieran aquí aquellos viejos ilusionistas que, en su preciosa Biblia, se hacían llamar patriarcas y profetas...

PATRICIA: Morris, no hables así.

MORRIS: Es que yo no creo en la religión...

DOCTOR: (*Aparte.*) Silencio, silencio. Sólo las mujeres creen en la religión.

PATRICIA: (*Divertida.*) Creo que éste es un buen momento para enseñarles otro antiguo truco de magia.

DOCTOR: ¿Cuál?

PATRICIA: ¡El de la mujer que desaparece!

(PATRICIA sale.)

SMITH: De todos aquellos viejos artilugios, lamento sobre todo que se perdiera uno.

MORRIS: (*Emocionado.*) ¡Sí!

SMITH: El artilugio que sirvió para escribir el Libro de Job.

MORRIS: Vaya, vaya, en aquellos tiempos no lo sabían todo.

SMITH: No, y en aquellos tiempos sabían que no lo sabían. (*Inmerso en su ensoñación.*) Mas la sabiduría, ¿dónde hallarla? ¿Y cuál es el lugar del entendimiento?*

ILUSIONISTA: Un lugar de América, creo.

SMITH: (*Todavía en su ensoñación.*) No conoce su valor el hombre, ni se halla en la tierra de los vivientes. El Abadón y la Muerte dijeron: su fama hemos oído con nuestros oídos. Dios entiende el camino de ella, y conoce su lugar. Porque Él mira hasta los confines de la Tierra, y ve cuanto hay bajo los cielos. Pero al hombre le dijo: he aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal, el entendimiento.** (*Se vuelve de pronto hacia el DOC-*

* Libro de Job, 28: 12. (*N. del T.*)

** Libro de Job, 28: 13-28. (*N. del T.*)

TOR.) ¿Qué dice al respecto el agnosticismo, doctor Grimthorpe? ¡Una lástima que se perdieran los artugios!

MORRIS: Bien, supongo que cada uno puede sonreír como prefiera. Pero lo que yo digo es que el Ilusionista podría ser el hombre más grande de todos los tiempos si lograra mostrarnos cómo se hacían los antiguos trucos sagrados. Debemos reconocer que el viejo Moisés era un adelantado a su tiempo. Cuando él hacía sus viejos trucos, eran nuevos. Atraía la atención del público. Sabía hacer sus trucos ante hombres adultos, grandes luchadores con barba capaces de vencer en batallas y entonar salmos. Pero esta magia moderna va rezagada respecto a su tiempo. Por eso sólo la muestran ante colegiales. No existe un solo truco en esta mesa que yo no conozca. Todo ese oficio está más muerto que un cabrito al horno. Y satisface mucho menos. Pero si (*señalando al ILUSIONISTA*) acaba de hacer aparecer una pecera... Un truco tan viejo que podría hacerlo cualquiera.

ILUSIONISTA: Ah, estoy bastante de acuerdo. Los artugios son muy simples. Pero la manera... permítame ver sus peces de colores, si le parece.

MORRIS: (*Airado.*) Yo no soy un actor al que hayan pagado para que venga aquí a hacer magia. Yo no estoy aquí para presentar trucos rancios. Yo estoy aquí para desenmascararlos. Yo digo que es un viejo truco y...

ILUSIONISTA: Cierto. Pero como ha dicho usted, no los hacemos más que ante colegiales.

MORRIS: Permítame preguntarle, profesor Abracadabra, o como se llame, a quién está llamando colegial.

ILUSIONISTA: Oh, perdóneme usted, se lo ruego. Su hermana le dirá que a veces, con los niños, me confundo.

MORRIS: Le prohíbo que mencione a mi hermana.

ILUSIONISTA: Eso es exactamente lo que haría un colegial.

MORRIS: *(Con una calma repentina y peligrosa.)* Yo no soy un colegial, profesor. Soy un apacible hombre de negocios. Pero le diré que, en el país de donde vengo, el apacible hombre de negocios se lleva la mano al cinto ante un insulto como ése.

ILUSIONISTA: *(Fieramente.)* ¿No era al bolsillo? Yo creía que el apacible hombre de negocios metía la mano en el bolsillo de los demás.

MORRIS: Usted...

(Se lleva la mano al cinto. El DOCTOR le posa la suya en el hombro.)

DOCTOR: Caballeros, que se pierden...

ILUSIONISTA: Tal vez. (*Su tono denota cansancio repentino.*) Me disculpo por lo que he dicho. He ido sin duda más allá de los desiertos de este joven caballero. (*Suspira.*) Aunque a veces me gustaría perderme.

MORRIS: (*Malhumorado, tras una pausa.*) Bueno, ahora sí empieza el espectáculo; y a ustedes los ingleses no les gustan nada las escenas. Me temo que yo también tendré que enterrar la dichosa hacha de guerra.

DOCTOR: (*Con cierta dignidad, no pudiendo impedir que su clase social se trasluzca más allá de su profesión.*) Señor Carleon, habrá de perdonar a un viejo que conoció bien a su padre, si pone en duda que se haga usted justicia al tratarse a sí mismo como indio americano solamente por haber vivido en América. En tiempos de mi viejo amigo Huxley, los que pertenecíamos a las clases medias nos mostrábamos descreídos con la razón y con muchas otras cosas, pero creíamos en las buenas maneras. Es una lástima que la aristocracia no sea capaz de hacerlo. No me gusta oírle decir que es usted un salvaje y que ha enterrado un hacha de guerra. Preferiría oírle decir, como habrían hecho sus antepasados irlandeses, que ha envainado su espada con la dignidad propia de un caballero.

MORRIS: Muy bien. He envainado mi espada con la dignidad de un caballero.

ILUSIONISTA: Y yo he envainado mi espada con la dignidad de un ilusionista.

MORRIS: ¿Cómo envaina su espada un ilusionista?

ILUSIONISTA: Se la traga.

DOCTOR: Entonces todos estamos de acuerdo en que no habrá pelea.

SMITH: ¿Puedo decir algo? A mí me desagradan sobremanera las peleas, por una razón que va más allá del deber de mi hábito.

MORRIS: ¿Y qué razón es ésa?

SMITH: Soy contrario a las peleas porque siempre interrumpen las discusiones. ¿Me permiten que, por un momento, los devuelva a la discusión? Comentaban ustedes que estos trucos de magia modernos son simplemente los viejos milagros una vez descubiertos. Pero sin duda es posible verlo de otro modo. Cuando hablamos de cosas que son fraudulentas, solemos referirnos a que son imitaciones de otras que sí son auténticas. Tomemos a modo de ejemplo ese Reynolds, el del bisabuelo del Duque. (*Señala un cuadro de la pared.*) Si yo dijera que es una copia...

MORRIS: El Duque es muy simpático, pero creo que se hallaría usted ante lo que ha denominado interrupción de una discusión.

SMITH: Bien, supongamos que lo dijera de todos modos. No creerían ustedes que lo que estaba diciendo era que sir Joshua Reynolds no ha existido nunca. ¿Por qué los milagros fraudulentos han de demostrarnos que los verdaderos santos y profetas no han existido nunca? Puede existir magia fraudulenta, y también magia auténtica.

(El ILUSIONISTA alza la cabeza y escucha con un curioso aire de concentración.)

SMITH: Si puede haber fantasmas tallados en calabazas es precisamente porque existen los fantasmas de verdad. Si puede haber duendes en los teatros es precisamente porque existen los duendes de verdad. Señalar un billete falso no basta para abolir el Banco de Inglaterra.

MORRIS: Espero que al profesor le guste que le llamen billete falso.

ILUSIONISTA: Casi tanto como que me consideren catálogo de presentación de ciertas empresas americanas.

DOCTOR: ¡Caballeros! ¡Caballeros!

ILUSIONISTA: Lo siento.

MORRIS: Bueno, discutamos primero, y supongo que siempre podremos pelearnos después. Limpiaré esta casa de ciertos engorros. Mire, señor Smith, yo no

me burlo de su noción de milagro auténtico. Lo que yo digo –y lo dice la ciencia–, es que para todo existe una causa. La ciencia hallará esa causa, y antes o después su viejo milagro parecerá muy poca cosa. Antes o después la ciencia botanizará su fantasma y les dará calabazas a ustedes por haber creído en él. Lo que yo digo...

DOCTOR: *(En voz baja, dirigiéndose a SMITH.)* No me gusta nada esta pacífica discusión suya. El chico se está alterando demasiado.

MORRIS: Usted dice que el viejo Reynolds existió. Y la ciencia no dice que no. *(Se vuelve, muy nervioso, hacia el cuadro.)* Pero supongo que ahora está muerto. Y usted no resucitará más a sus santos y a sus profetas que al bisabuelo del Duque para hacerlo bailar en esa pared.

(El cuadro empieza a oscilar ligeramente, de un lado a otro, en la pared.)

DOCTOR: ¡Miren! ¡El cuadro se mueve!

MORRIS: *(Volviéndose furioso hacia el ILUSIONISTA.)* Usted ya estaba en este salón antes de que llegáramos. ¿Cree que nos va a convencer con algo así? Todo eso puede hacerse con cables.

ILUSIONISTA: *(Inmóvil, y sin levantar la vista de la mesa.)* Sí. Podría hacer todo eso con cables.

MORRIS: Y a usted le ha parecido que yo no iba a darme cuenta. *(Se ríe con carcajadas agudas que son como graznidos.)* Así es como los cochinos espiritistas hacen todos sus trucos. Dicen que son capaces de lograr que los muebles se muevan solos. Si se mueven, es porque los mueven ellos. Y nosotros pretendemos saber cómo lo hacen.

(Una silla cae al suelo con ligero estrépito.)

(MORRIS casi da un respingo y, momentáneamente, se queda sin aliento y sin palabras.)

MORRIS: Usted... claro... que... todo el mundo sabe que... una plancha deslizante. Puede hacerse con una plancha deslizante.

ILUSIONISTA: *(Sin levantar la vista.)* Sí. Puede hacerse con una plancha deslizante.

(El DOCTOR se acerca a MORRIS, que vuelve la cabeza y le habla con gran vehemencia.)

MORRIS: Ha estado usted en lo cierto desde el principio, doctor, al hablar de su lámpara roja. Esa lámpara roja es la luz de la ciencia que apagará todas las que se esconden en el interior de esos fantasmas de calabaza. Se trata de un fuego que se consume, doctor, pero es la luz roja de la mañana. *(La señala, exaltado, lleno de entusiasmo.)* Sus sacerdotes no pueden impedir que esa luz brille ni cambiarle el color, el destello, más de lo que Josué pudo detener

el Sol y la Luna. (*Ríe irrefrenablemente*). Ya ven, hace una hora o dos, cerca de esa lámpara roja, era un duende auténtico embozado bajo una capa de elfo el que se paseaba. Y la luz lo ha convertido en un payaso vulgar y corriente, con pajarita blanca.

(*La lámpara, al fondo del jardín, se vuelve azul. Todos la miran en silencio.*)

MORRIS: (*Rompe el silencio con un tono alto, forzado.*) ¡Un momento! ¡Un momento! ¡Ya lo tengo! ¡Le he pillado...! (*Se pasea desbocado por la sala, de un lado a otro, mordiéndose un dedo.*) Ha puesto un cable... no, no puede ser eso...

DOCTOR: (*Hablándole con voz tranquilizadora.*) Bueno, bueno, no tenemos por qué indagar en este momento...

MORRIS: (*Volviéndose hacia él, furioso.*) Dice usted ser un hombre de ciencia, y se atreve a decirme que no indague...

SMITH: Sólo le sugerimos que, de momento, lo deje pasar.

MORRIS: (*Violento.*) No, sacerdote, no pienso dejarlo pasar. (*Vuelve a caminar de un lado a otro.*) ¿Podría hacerse con espejos? (*Se lleva la mano a la frente.*) Usted tiene un espejo... (*De pronto alza mucho la voz.*) ¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! ¡Mezcla de luces! ¿Por qué no? Si mezcla una luz verde con una roja...

(Silencio repentino.)

SMITH: *(En voz baja, al DOCTOR.)* No sale el azul.

DOCTOR: *(Acercándose al ILUSIONISTA.)* Si ha sido usted el que ha hecho este truco, deshágalo, por favor.

(Tras un silencio, la luz vuelve al rojo.)

MORRIS: *(Se acerca de pronto a los ventanales y los examina.)* ¡Son los cristales! ¡Ha hecho algo con los cristales!

(Se interrumpe de pronto y se hace un largo silencio.)

ILUSIONISTA: *(Aún sin moverse.)* No creo que encuentre nada raro en los cristales.

MORRIS: *(Abre las puertas con gran estrépito, rompiendo algunos vidrios.)* Entonces averiguaré qué le pasa a esa lámpara.

(Desaparece en el jardín.)

DOCTOR: Me temo que la noche sigue fría.

SMITH: Sí. Y ahora habrá alguien más vagando por el jardín.

(A través de los ventanales rotos se ve que MORRIS camina de un lado a otro, cada vez más deprisa.)

SMITH: Supongo que, en este caso, el crepúsculo celta no le dará catarro.

DOCTOR: Oh, si sólo fuera eso.

(Entra PATRICIA.)

PATRICIA: ¿Dónde está mi hermano?

(Se produce un silencio embarazoso, tras el que el ILUSIONISTA responde.)

ILUSIONISTA: Me temo que está caminando por el País de los Duendes.

PATRICIA: ¡No está bien que salga en una noche como ésta! ¡Es muy peligroso!

ILUSIONISTA: ¡Sí, es muy peligroso! ¡Tal vez se encuentre con un duende!

PATRICIA: ¿Qué quiere decir?

ILUSIONISTA: Usted también ha salido con este mal tiempo y se ha encontrado con una especie de duende que, hasta el momento, sólo le ha traído penas.

PATRICIA: Voy a buscar a mi hermano.

(Sale al jardín a través del ventanal abierto.)

SMITH: *(Tras un largo silencio, y repentinamente.)*
¿Qué es ese ruido? No le estará cantando esas canciones a él, ¿verdad?

ILUSIONISTA: No. Él no entiende el lenguaje de los elfos.

SMITH: ¿Pero qué son esos gritos y lamentos que oigo?

ILUSIONISTA: Los ruidos normales, creo, de un apacible hombre de negocios.

DOCTOR: Señor, entiendo que esté resentido, pues admito que lo han recibido poco cortésmente; pero hablar así, en momentos como éstos...

(PATRICIA reaparece junto al ventanal, muy pálida.)

PATRICIA: ¿Puedo hablar con el doctor?

DOCTOR: Por supuesto, querida. ¿Voy a buscar al Duque?

PATRICIA: Preferiría al doctor.

SMITH: ¿Puedo ser de alguna ayuda?

PATRICIA: Sólo quiero al doctor.

(Vuelve a salir, seguida del DOCTOR GRIMTHORPE. Los otros dos se miran.)

SMITH: *(En voz baja.)* Este último truco suyo ha sido magnífico.

ILUSIONISTA: Gracias. Supongo que quiere decir que es el único que no ha descubierto.

SMITH: Algo así, sí, lo confieso. Su último truco ha sido el mejor que he visto en mi vida. Es tan bueno que ojalá no lo hubiera hecho.

ILUSIONISTA: Lo mismo digo.

SMITH: ¿Qué quiere decir? ¿Preferiría no ser ilusionista?

ILUSIONISTA: Preferiría no haber nacido.

(Sale.)

(Silencio. El DOCTOR entra, muy serio.)

DOCTOR: Por el momento está bien. Lo hemos traído de vuelta.

SMITH: *(Acercándose a él.)* Me ha dicho antes que la joven tenía problemas mentales.

DOCTOR: *(Mirándolo fijamente.)* No, le he dicho que había problemas mentales en la familia.

SMITH: *(Tras una pausa.)* ¿Dónde está el señor Morris Carleon?

DOCTOR: Lo he acostado en la cama de la habitación contigua. Su hermana cuida de él.

SMITH: ¡Su hermana! Entonces, ¿cree usted en duendes?

DOCTOR: ¿Que si creo en duendes? ¿A qué se refiere?

SMITH: Al menos deja a una persona que cree en duendes a cargo de la persona que no cree en ellos.

DOCTOR: Supongo que sí.

SMITH: ¿Y no teme que lo tenga despierto toda la noche con sus cuentos?

DOCTOR: Por supuesto que no.

SMITH: ¿No teme que arroje por la ventana el frasco de medicina y le administre un... una gota de rocío, o algo por el estilo? ¿O, digamos, un trébol de cuatro hojas?

DOCTOR: No, claro que no.

SMITH: Sólo se lo pregunto porque ustedes, los científicos, son algo implacables con nosotros, los hombres de iglesia. Usted no cree en el sacerdocio; pero admitirá que yo soy más sacerdote de lo que ese ilusionista es realmente un mago. Ha hablado usted mucho de la Biblia y de crítica bíblica. Pero, incluso para la crítica bíblica, la Biblia es más antigua que el lenguaje de los elfos... que, por lo que intuyo, se

ha inventado esta misma tarde. Pero la señorita Carleon creía en el hechicero. La señorita Carleon creía en el lenguaje de los elfos. Y usted va y la deja a cargo de un inválido sin la menor sombra de duda: porque se fía de las mujeres.

DOCTOR: (*Muy serio.*) Sí, me fío de las mujeres.

SMITH: Usted confía en una mujer para los aspectos prácticos de la vida y la muerte, para una noche en vela durante la que una mano temblorosa, o un gránulo más o menos podrían significar la muerte.

DOCTOR: Sí.

SMITH: Pero si esa mujer se levanta temprano para ir a la primera misa en mi iglesia, dice que es débil de criterio y que sólo las mujeres pueden creer en la religión.

DOCTOR: Yo nunca llamaría a esa mujer débil de criterio. No, Dios mío, ni aunque fuera a la iglesia.

SMITH: Y sin embargo existen muchos hombres resueltos que creen apasionadamente en ir a la iglesia.

DOCTOR: ¿Acaso no había muchos hombres resueltos que creían apasionadamente en Apolo?

SMITH: ¿Y qué daño hacía creer en Apolo? ¿Y qué gran daño habría hecho no creer en Apolo? ¿Nunca

se le ha ocurrido que la duda puede ser una locura, lo mismo que la fe? ¿Que formular preguntas puede ser una enfermedad, lo mismo que proclamar doctrinas? ¿Ustedes hablan de manía religiosa! ¿Acaso no existe la manía no religiosa? ¿Acaso no existe ahora mismo, en esta misma casa?

DOCTOR: Entonces usted cree que nadie debería preguntarse nada.

SMITH: (*Vehemente, señalando la habitación contigua.*) ¿Creo que eso es lo que pasa con las preguntas! ¿Por qué no dejan en paz el universo y le permiten que signifique lo que le dé la gana? ¿Por qué no puede el trueno ser Júpiter? Son muchos los hombres que se han vuelto idiotas de tanto preguntarse qué es, si no es Júpiter.

DOCTOR: (*Observándolo.*) ¿Cree usted en su propia religión?

SMITH: (*Sosteniéndole la mirada.*) Imagine que no: seguiría siendo un necio si la cuestionara. El niño que duda de la existencia de santa Claus padece insomnio. El niño que cree en él duerme toda la noche.

DOCTOR: Es usted un pragmático.

(*Entra el DUQUE, distraído.*)

SMITH: A esto los abogados lo llaman vulgar insulto. Pero sí, apelo a la práctica. Aquí tenemos una fami-

lia sobre la que me cuenta que pende una calamidad mental. Aquí tenemos a un muchacho que lo cuestiona todo y a una muchacha que cree en cualquier cosa. ¿Sobre cuál de los dos ha recaído la maldición?

DUQUE: Vaya, me alegra oír que están hablando ustedes de los pragmáticos. ¡Ah, un movimiento muy avanzado! Supongo que Roosevelt, ahora... *(Silencio.)* Bien, nos movemos, ¿saben? ¡Nos movemos! Primero fue el eslabón perdido. *(Silencio.)* ¡No! Primero fue el protoplasma... y después, después vino el eslabón perdido. Y la Carta Magna, etcétera. *(Silencio.)* ¡Echen si no un vistazo a la Ley de Seguros!

DOCTOR: Preferiría no hacerlo.

DUQUE: *(Apuntándolo, burlón, con un dedo.)* ¡Ah, prejuicios, prejuicios! Ustedes, los doctores, ya se sabe... Yo no he tenido nunca.

(Silencio.)

DOCTOR: *(Rompiendo el silencio con desacobostumbra-da exasperación.)* ¿Tenido qué?

DUQUE: *(Con firmeza.)* Nunca he tenido Marconis. Ni se me ocurriría. *(Silencio.)* Bien, debo hablar con Hastings.

(Sale sin propósito.)

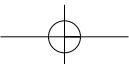
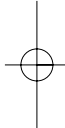
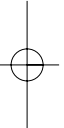
DOCTOR: (*Explota.*) Sí, toda la... (*Se vuelve hacia SMITH.*) Acaba de preguntarme qué miembro de la familia ha heredado la locura familiar.

SMITH: Sí, acabo de hacerlo.

DOCTOR: (*En voz baja, con tono comprensivo.*) Por mi vida, creo que debe de ser el Duque.

Telón

ACTO III



(Salón en penumbra; una mesa sobre la que reposa una lámpara, y una silla vacía. De la estancia contigua llegan sonidos débiles y ocasionales de las sacudidas o las palabras del enfermo.)

(Entra el DOCTOR GRIMTHORPE con aire compungido y un frasco de medicinas en la mano. Lo deja en la mesa y se sienta, como preparándose para pasar la noche en vela.)

(Entra el ILUSIONISTA con el maletín en la mano y la capa puesta, dispuesto a marcharse. Cuando atraviesa el salón, el DOCTOR se levanta y lo llama.)

DOCTOR: Disculpe, ¿puedo retenerlo un momento? Supongo que está al corriente de que... *(Vacila.)* de que se ha agravado considerablemente la enfermedad que se ha producido tras su actuación. No digo, en absoluto, a causa de su actuación.

ILUSIONISTA: Se lo agradezco.

DOCTOR: *(Algo más decidido, aunque expresándose aún con mucha cautela.)* Con todo, la excitación

mental es necesariamente un elemento importante en los problemas fisiológicos, y sus triunfos de esta noche han resultado tan extraordinarios que no puedo pretender desvincularlos del caso de mi paciente. En este momento se encuentra en un estado en cierto modo análogo al delirio, aunque, inmerso en él, sea capaz, parcialmente, de formular preguntas y de responderlas. Y la que no deja de plantear es cómo ha logrado su último truco.

ILUSIONISTA: ¡Ah, mi último truco!

DOCTOR: Y me preguntaba si estaría dispuesto a llegar a algún acuerdo que le pareciera justo en relación con este asunto, por lo que a usted se refiere. ¿Podría revelarme a mí, en confianza, los medios para satisfacer esa... esa idea fija que parece albergar? (*Vacila de nuevo, y escoge sus palabras más cuidadosamente.*) Ese estado especial de oposición semidelirante es raro y guarda, según mi experiencia, similitudes con casos bastante desafortunados.

ILUSIONISTA: (*Mirándolo fijamente.*) ¿Quiere decir que está volviéndose loco?

DOCTOR: (*Bastante impresionado por primera vez.*) La pregunta que me hace es injusta. No sería capaz de explicar los sutiles matices del asunto a un lego. E incluso si... si lo que usted sugiere fuera cierto, debería considerarlo secreto profesional.

ILUSIONISTA: *(Sin dejar de mirarlo.)* ¿Y no cree usted que la pregunta que me hace a mí también es injusta, doctor Grimthorpe? Si el suyo es un secreto profesional, ¿acaso no lo es también el mío? Si usted puede ocultarle la verdad al mundo, ¿por qué no puedo hacerlo yo? Usted no revela sus trucos. Yo no revelo los míos.

DOCTOR: Lo nuestro no son trucos.

ILUSIONISTA: *(Pensativo.)* Ah, de eso nadie puede estar seguro hasta que los trucos son viejos.

DOCTOR: Pero el público puede ver las curas de un médico con la misma claridad...

ILUSIONISTA: Sí. Con la misma claridad con la que vio la lámpara roja sobre su puerta esta noche.

DOCTOR: *(Tras una pausa.)* Su secreto, claro está, quedaría estrictamente entre los implicados.

ILUSIONISTA: Por supuesto. Las personas que deliran no se van nunca de la lengua.

DOCTOR: Nadie ve al paciente, salvo su hermana y yo.

ILUSIONISTA: *(Se sobresalta ligeramente.)* Sí, su hermana. ¿Está muy nerviosa?

DOCTOR: *(Bajando la voz.)* ¿Qué diría usted?

(El ILUSIONISTA se deja caer en la silla, la capa se entreabre y muestra el esmoquin. Reflexiona durante un breve instante, antes de hablar.)

ILUSIONISTA: Doctor, existen unas mil razones por las que no le revelaré cómo he hecho ese truco. Pero una habrá de bastarle, ya que es la más práctica de todas.

DOCTOR: ¿Y bien? ¿Por qué no habría de revelármelo?

ILUSIONISTA: Porque si lo hiciera, no me creería.

(Silencio. El DOCTOR lo mira con gran curiosidad.)

(Entra el DUQUE, que sostiene unos papeles en la mano. Su habitual disposición alegre se siente bastante forzada, ya que, por la proximidad de la habitación del enfermo, camina como si fuera de puntillas, y cuando empieza a hablar, lo hace en una especie de susurro agudo, o gritado. Afortunadamente, pronto se olvida de ello y vuelve a su voz más natural.)

DUQUE: *(Al ILUSIONISTA.)* Ha sido usted muy amable al esperar, profesor. Confío en que el doctor Grimthorpe le haya expuesto, y mucho mejor que yo, la pequeña dificultad con que nos encontramos. Nada como la mente médica para las afirmaciones científicas. *(Transportado.)* Mire si no a Ibsen.

(Silencio.)

DOCTOR: El profesor, claro está, se muestra bastante reticente al respecto. Señala que sus secretos forman parte esencial de su profesión.

DUQUE: Claro, claro. Gajes del oficio, ¿no? Muy propio, claro. Un caso evidente de *noblesse oblige*. (*Silencio.*) Pero me atrevería a decir que hemos de buscar una solución al respecto. (*Se vuelve hacia el ILUSIONISTA.*) Y ahora, mi querido señor, espero que no se ofenda si le digo que creo que deberíamos abordarlo como asunto de negocios. Le estamos pidiendo un precio por un trabajo suyo, por parte de sus conocimientos profesionales, y si llego a tener el placer de extenderle un cheque...

ILUSIONISTA: Se lo agradezco, Excelencia, ya he recibido el cheque de manos de su secretario. Lo encontrará anotado en la chequera, inmediatamente después del que tan generosamente ha entregado a la Asociación para la Supresión de la Magia.

DUQUE: Bien, no quiero que se lo tome así. Quiero que se lo tome con mayor amplitud de miras. Liberalmente, ya sabe. (*Con gesto expansivo.*) Moderno, y todo lo demás. ¡Un hombre extraordinario, Bernard Shaw!

(*Silencio.*)

DOCTOR: (*Carraspea y retoma la conversación.*) Si tiene algún reparo, el pago podría no ser estrictamente para usted.

DUQUE: (*Mostrando su aprobación.*) Exacto, exacto. ¿No tiene usted ninguna causa, o algo por el estilo? Hoy en día todo el mundo tiene alguna causa. Viudas de ilusionistas, algo así.

ILUSIONISTA: (*Conteniéndose.*) No. No tengo viudas.

DUQUE: En ese caso, una especie de asignación anual para cualquier viuda que... encuentre. (*Abre alegremente la chequera y recurre al lenguaje llano para demostrar que no esconde mala intención.*) Vamos, vamos, que sean dos mil pavos.

(*El ILUSIONISTA coge el cheque y lo mira con gesto serio y vacilante. Mientras lo hace, el REVERENDO SMITH entra despacio en la sala.*)

ILUSIONISTA: ¿Estaría de veras dispuesto a pagar esta suma para saber cómo he hecho el truco?

DUQUE: Estaría dispuesto a pagar mucho más.

DOCTOR: Creo que ya le he explicado que el caso es serio.

ILUSIONISTA: (*Cada vez más pensativo.*) Pagaría mucho más... (*De pronto.*) Pero suponga que le cuento el secreto y usted descubre que no era nada.

DOCTOR: ¿Insinúa que la cosa es tan sencilla? Bien, diría que eso sería lo mejor que podría suceder.

Unas cuantas carcajadas saludables son lo mejor para la convalecencia.

ILUSIONISTA: *(Sin dejar de mirar compungido el cheque.)* No creo que se rían.

DUQUE: *(Razonando, amigable.)* Pero, como usted dice, es algo bastante sencillo.

ILUSIONISTA: Es lo más sencillo del mundo. Por eso mismo no se reirán.

DOCTOR: *(Casi nervioso.)* Bueno, ¿qué quiere decir? ¿Qué debemos hacer?

ILUSIONISTA: No van a creerlo.

DOCTOR: ¿Y por qué?

ILUSIONISTA: Porque es así de sencillo. *(Se pone en pie bruscamente, con el cheque aún en la mano.)* Ustedes me preguntan cómo he hecho ese último truco. Y yo se lo cuento. Hice magia.

(El DUQUE y el DOCTOR se miran, inmóviles. Pero el REVERENDO SMITH se sobresalta y da un paso más en dirección a la mesa. El ILUSIONISTA se cubre los hombros con la capa. Ese gesto, que parece anticipar su marcha, lleva al DOCTOR a levantarse.)

DOCTOR: *(Asombrado y colérico.)* ¿Insinúa en serio que acepta el cheque y después nos cuenta que todo era magia?

ILUSIONISTA: *(Rompiendo el cheque en pedazos.)*
Rompo el cheque, y les digo que ha sido sólo magia.

DOCTOR: *(Con violenta sinceridad.)* Al diablo, eso no existe.

ILUSIONISTA: Sí existe. Ojalá no supiera que existe.

DUQUE: *(También se pone en pie.)* Vaya, magia, de veras...

ILUSIONISTA: *(Despectivo.)* Sí, Excelencia, una de esas grandes leyes de las que nos hablaba.

(Se abrocha la capa hasta el cuello y recoge el male-tín. Cuando lo hace, SMITH se interpone entre él y la puerta y lo detiene un instante.)

SMITH: *(En voz baja.)* Un momento, señor.

ILUSIONISTA: ¿Qué quiere?

SMITH: Quiero disculparme. En nombre de los presentes. Creo que ha sido un error ofrecerle dinero. Y creo que ha sido un error mayor confundirlo con esa terminología médica y llamarlo delirio. Yo siento un mayor respeto por la palabrería del ilusionista que por la del médico. Las dos pretenden aturdir, pero la suya sólo aturde un momento. Así que ahora se lo cuento con palabras sencillas y en sencillos términos humanos y cristianos. Aquí tenemos a un pobre muchacho que podría enloquecer. Suponga usted que tiene un hijo en

la misma situación. ¿No esperaría que la gente le contara toda la verdad si eso pudiera ayudarlo?

ILUSIONISTA: Sí, y yo les he contado toda la verdad. Veán si les ayuda en algo.

(Se vuelve de nuevo, aunque menos decidido.)

SMITH: Usted sabe muy bien que no nos ayudará.

ILUSIONISTA: ¿Por qué no?

SMITH: Usted sabe muy bien por qué no. Usted es un hombre honrado. Y lo ha respondido usted mismo: porque él no lo creería.

ILUSIONISTA: *(Con algo parecido a la furia.)* ¿Es que hay alguien que lo crea? ¿Lo cree usted?

SMITH: *(Haciendo un gran esfuerzo por controlarse.)* Su pregunta me parece justa. Vamos, sentémonos y conversemos. Permítame que le sostenga la capa.

ILUSIONISTA: Yo me quitaré la capa cuando usted se quite su sotana.

SMITH: ¿Por qué? ¿Acaso me quiere ver pelear?

ILUSIONISTA: Quiero verlo martirizado. Quiero que dé testimonio de su propio credo. Yo afirmo que estas cosas son sobrenaturales. Afirmo que lo que ha sucedido lo ha obrado un espíritu. El doctor no me cree;

es agnóstico. El Duque no me cree; no puede creer en nada tan simple como un milagro. Pero, ¿qué demonios hace usted, si no cree en milagros? ¿Qué significa su sotana, si no significa que existe lo sobrenatural? ¿Qué significa su maldito alzacuellos, si no significa que existe un espíritu? (*Exasperado.*) ¿Por qué demonios se viste usted así, si no cree en él? (*Con violencia.*) ¿O tal vez no cree en los demonios?

SMITH: Creo... (*Tras una pausa.*) Ojalá pudiera creer.

ILUSIONISTA: Sí. Y ojalá yo pudiera no creer.

(*Entra PATRICIA, pálida, con un camión fino, de enfermera improvisada.*)

PATRICIA: ¿Puedo hablar con el Ilusionista?

SMITH: (*Adelantándose a toda prisa.*) ¿Quiere hablar con el doctor?

PATRICIA: No, con el Ilusionista.

DOCTOR: ¿Alguna novedad?

PATRICIA: Sólo quiero hablar con el Ilusionista.

(*Todos se retiran, saliendo bien al jardín, bien por las otras puertas. PATRICIA se acerca al ILUSIONISTA.*)

PATRICIA: Debe decirme cómo ha hecho el truco. Lo hará. Estoy convencida de que lo hará. ¡Oh! Ya sé

que mi pobre hermano ha sido grosero con usted.
¡Lo es con todo el mundo! (*Se derrumba.*) ¡Pero es
un niño, un niño tan pequeño...!

ILUSIONISTA: Supongo que sabe que hay cosas que los
hombres jamás cuentan a las mujeres. Son demasia-
do horribles.

PATRICIA: Sí, y hay cosas que las mujeres nunca cuen-
tan a los hombres. También son demasiado horri-
bles. Aquí estoy yo para oírlas todas.

ILUSIONISTA: ¿Me está diciendo que puedo contarle
todo lo que quiera? ¿Por más siniestro que sea?
¿Por más terrible que sea? ¿Por más condenable que
sea?

PATRICIA: He pasado por tantas cosas que no voy a
horrorizarme ahora. Cuénteme lo peor.

ILUSIONISTA: Le contaré lo peor. Me he enamorado de
usted apenas la he visto.

(*Se sienta y cruza las piernas.*)

PATRICIA: (*Echándose hacia atrás.*) Me ha dicho que
parecía una niña y...

ILUSIONISTA: Le he mentado.

PATRICIA: Vaya, sí, es terrible.

ILUSIONISTA: Estaba enamorado. He aprovechado la ocasión. ¡Usted se ha creído fácilmente que yo era mago! Pero yo...

PATRICIA: Es horrible. Es horrible. ¡Yo no he creído que fuera mago!

ILUSIONISTA: (*Asombrado.*) ¡Nunca ha creído que fuera mago!

PATRICIA: Siempre he sabido que era usted un hombre.

ILUSIONISTA: (*Entregándose a las muestras de pasión a que las personas se entregan en el escenario.*) Sí, soy un hombre. Y usted es una mujer. Y todos los elfos se han ido al País de los Elfos, y los demonios se han ido al infierno. Y usted y yo saldremos de esta casa grande y vulgar y nos casaremos... Todo el mundo está loco en esta casa, esta noche, creo. ¿Qué estoy diciendo? ¡Como si usted fuera a casarse conmigo! ¡Dios santo!

PATRICIA: Ésta es la primera vez que le ha faltado valor.

ILUSIONISTA: ¿A qué se refiere?

PATRICIA: Llamo su atención sobre el hecho de que me ha hecho una oferta. Acepto.

ILUSIONISTA: Oh, es absurdo, absurdo. ¿Cómo puede un hombre casarse con un arcángel, y mucho menos con una dama? Mi madre era una dama y se casó con un

violinista moribundo que recorría los caminos. Y la mezcla de ambos toca el gato y el banjo con mi cuerpo y mi alma.* Me parece estar viendo a mi madre cocinando en casas cada vez más sucias, remendando calcetines cada vez con la vista más cansada, cuando podría haber lucido collares de perlas si hubiera consentido ser una persona sensata.

PATRICIA: Y podría haber cultivado perlas si hubiera consentido ser una ostra.

ILUSIONISTA: (*Serio.*) Hubo muy poco placer en su vida.

PATRICIA: Hay poco, muy poco placer, en la vida de todos. La pregunta es, ¿de qué clase? No podemos convertir la vida en placer. Pero podemos escoger los placeres que sean dignos de nosotros y de nuestras almas inmortales. Su madre escogió, y yo he escogido.

ILUSIONISTA: (*Observándola fijamente.*) ¡Almas inmortales! Suponga que me arrodillara para adorarla; usted y todos los demás se reirían.

PATRICIA: (*Con una sonrisa perversa.*) Bien, diría que existen formas más cómodas. (*Se sienta de pronto a*

* Referencia a un críptico verso del poema «Fuzzy-Wuzzy», del libro de Rudyard Kipling *Barrack Room's Ballads*: «and 'e played the cat and banjo with our forces». Según algunas interpretaciones, en el lenguaje cuartelario del que beben los poemas de dicha obra, el gato sería el látigo, y el banjo el soldado sometido a flagelación, y la expresión, por tanto, significaría algo como «causa desastres». (*N. del T.*)

su lado, con una especie de familiaridad doméstica, y sigue hablando.) Sí, haré todo lo que hacía su madre, aunque no tan bien, claro. Maldeciré esa chistera de ilusionista –¿se maldicen las chisteras?–, y cocinaré cenas de ilusionista. Por cierto, ¿qué ha de haber en una cena de ilusionista? Peces de colores siempre, claro...

ILUSIONISTA: *(Con un gruñido.)* Zanahorias.

PATRICIA: Y, por supuesto, ahora que lo pienso, siempre podrá sacarse algún conejo del sombrero. ¡Vaya! ¡Qué vida tan fácil ha de ser ésa! ¿Cómo se prepara el conejo? El Duque se pasa el día hablando de conejos escalfados. En serio, seremos tan felices como nos convenga. Al menos tendremos confianza el uno en el otro, y nada de secretos. Insisto en conocer todos los trucos.

ILUSIONISTA: No sé ni dónde tengo la cabeza ni dónde tengo los pies.

PATRICIA: Y ahora, ya que vamos a tenernos tanta confianza y a sentirnos tan cómodos, cuénteme el truco verdadero que ha hecho, el último.

ILUSIONISTA: *(Poniéndose en pie, rígido de horror.)* ¿Que cómo he hecho el truco? Lo he hecho ayudado por unos demonios. *(Se vuelve, furioso, hacia PATRICIA.)* Usted creía en duendes. ¿No puede creer en demonios?

PATRICIA: (*Seria.*) No, no puedo creer en demonios.

ILUSIONISTA: Pues esta sala está llena de ellos.

PATRICIA: ¿Qué significa todo esto?

ILUSIONISTA: Significa sólo que he hecho lo que muchos hombres hacen; aunque son pocos, creo, los que han medrado gracias a ello. (*Se sienta y habla pensativo.*) Ya le he dicho que me he relacionado con gentes raras de muchas clases. Entre otros, lo he hecho con quienes afirman, sea cierto o no, que llevan a cabo nuestros trucos con la ayuda de espíritus. Tontee un poco con el espiritismo y la levitación de mesas. Pero pronto tuve motivos para dejarlo.

PATRICIA: ¿Por qué lo dejó?

ILUSIONISTA: Al principio fueron los dolores de cabeza. Además, descubrí que todas las mañanas, tras una sesión de espiritismo, me invadía una sensación rara de bajeza y degradación, de estar manchado. Una sensación muy parecida, supongo, a la que tiene la gente por la mañana cuando se emborracha. Pero resulta que yo poseo lo que se conoce como mucho aguante; y nunca me he emborrachado del todo.

PATRICIA: Me alegro.

ILUSIONISTA: Y no es que no lo intentara. Y además, al cabo de poco, los espíritus con los que jugaba a

mover mesas me hicieron lo que creo que suelen hacer cuando terminan esas sesiones.

PATRICIA: ¿Qué?

ILUSIONISTA: Movérmelas ellos a mí. Echármelas encima. No me extraña que crea usted en duendecillos. Mientras aquellas cosas estaban a mi servicio, a mí también me lo parecían. Pero cuando intentaron apoderarse de mí... descubrí que no eran duendes. Descubrí que los espíritus, al menos los espíritus con los que entré en contacto, eran malos, horriblemente malos, antinaturalmente malos.

PATRICIA: ¿Lo dijeron ellos?

ILUSIONISTA: No me hable de lo que dijeron. Yo era un tipo sin demasiados escrúpulos, pero no había caído tan bajo. Me resistí a ellos. Y pasado el mal rato, psicológicamente hablando, corté la conexión. Pero siempre me tentaban para que me aprovechara de los poderes sobrenaturales que había obtenido de ellos. No es que fueran gran cosa, pero bastaban para mover cosas de un sitio a otro, para alterar luces y demás. No sé si es usted consciente de que para un hombre supone un considerable sacrificio tomarse un mal café en una cafetería cuando sabe que con sus poderes mágicos logrará que una botella de champán salga por sí sola de una tienda vacía.

PATRICIA: Creo que se comportó usted muy bien.

ILUSIONISTA: *(Con amargura.)* Y cuando al fin sucumbí, no fue por algo tan limpio ni cristiano como el champán. Con orgullo ciego, ira y toda clase de sentimientos paganos, invoqué a los demonios, y ellos obedecieron.

PATRICIA: ¡Pobrecillo!

ILUSIONISTA: Su bondad es la única bondad que nunca falla.

PATRICIA: *(Le acaricia el brazo.)* ¿Y qué vamos a hacer con Morris? Ahora... ahora le creo, querido. Pero él... él nunca creerá.

ILUSIONISTA: No hay peor intolerancia que la de un ateo. Debo pensar en algo.

(Se acerca al ventanal. Los otros hombres reaparecen para impedirle el movimiento.)

DOCTOR: ¿Adónde va?

ILUSIONISTA: Voy a preguntarle al Dios a cuyos enemigos he servido si todavía soy digno de salvar a un niño.

(Sale al jardín. Camina de un lado a otro, exactamente igual que MORRIS ha hecho antes. Mientras se encuentra allí, PATRICIA sale despacio. Y sigue un largo silencio, durante el que los hombres se agitan y se mueven, muy intranquilos. La oscuridad aumenta. Nadie habla hasta que ha transcurrido mucho tiempo.)

DOCTOR: (*Bruscamente.*) Un hombre fuera de lo común, ese Ilusionista. Listo. Curioso. Muy curioso. De esos hombres que, ya saben... ¡Que el señor nos bendiga! ¿Qué es eso?

DUQUE: ¿Qué es qué, eh? ¿Qué es qué?

(*Entra HASTINGS con unos papeles.*)

DUQUE: Vaya, Hastings... Hastings, creíamos que era usted un fantasma. Debe de... estar pálido, o algo así.

HASTINGS: Le he traído la respuesta de los antivegetarianos... perdón, quiero decir de los vegetarianos.

(*Se le caen uno o dos papeles.*)

DUQUE: Vaya, Hastings, sí que está pálido.

HASTINGS: Ruego a Su Excelencia que me disculpe. Me he sobresaltado un poco al entrar en el salón.

DOCTOR: ¿Sobresaltado? ¿Sobresaltado?

HASTINGS: Es la primera vez, creo, que el trabajo de Su Excelencia se ve alterado por mis sentimientos privados. No pienso molestarlo con ellos. No volverá a suceder.

(*Sale HASTINGS.*)

DUQUE: Qué hombre tan extraordinario. Me pregunto si...

(Se interrumpe súbitamente.)

DOCTOR: *(Tras una larga pausa, en voz baja, a SMITH.)*
¿Cómo se siente?

SMITH: Me siento como si debiera abrir o cerrar una ventana, y no supiera cuál de las dos cosas hacer.

(Otra larga pausa.)

SMITH: *(Gritando repentinamente en la oscuridad.)* En el nombre de Dios, ¡vete!

DOCTOR: *(Dando un respingo, tembloroso.)* Permítame decirle, señor, que no estoy habituado a que me hablen...

SMITH: No ha sido a usted a quien he pedido que se marche.

DOCTOR: No. *(Pausa.)* Pero creo que me iré de todos modos. Esta sala me resulta, sencillamente, horrible.

(Se acerca a la puerta.)

DUQUE: *(Moviéndose inquieto de un lado a otro, cambiando cartas, papeles, etc., de sitio en las mesas.)* ¿Sala horrible? ¿Sala horrible? No, no y no. *(Empieza a correr más deprisa por la habitación,*

agitando las manos como si fueran aletas.) Sólo algo atestada de gente. Sólo algo atestada. Y parece que no la conozco a toda. No puede caerme bien todo el mundo. Estas grandes recepciones...

(Se deja caer en una silla.)

ILUSIONISTA: *(Reaparece junto a los ventanales del jardín.)* Volved al infierno en el que estabais cuando os he llamado. Ésta es la última orden que doy.

DOCTOR: *(Poniéndose en pie bruscamente.)* ¿Y qué va a hacer?

ILUSIONISTA: Voy a contarle una mentira a ese pobre muchacho. He encontrado en el jardín lo que él no ha encontrado en el jardín. Se me ha ocurrido una explicación natural para mi truco.

DOCTOR: *(Muy conmovido.)* Creo que se parece usted bastante a un gran hombre. ¿Puedo ir ahora mismo a contarle su explicación?

ILUSIONISTA: *(Muy serio.)* No, gracias. Se la contaré yo.

(Se dirige a la habitación contigua.)

DUQUE: *(Incómodo.)* Hace nada todos nos sentíamos muy mal. Cosas asombrosas suceden en el mundo. *(Tras una pausa.)* Supongo que todo es electricidad.

(Silencio, como de costumbre.)

SMITH: Creo que en todo esto ha habido algo más que electricidad.

(Entra PATRICIA, todavía pálida, pero radiante.)

PATRICIA: ¡Oh, Morris se encuentra mucho mejor! El Ilusionista le ha contado una historia muy buena para explicar su truco.

(Entra el ILUSIONISTA.)

DUQUE: Profesor, mil gracias, estamos en deuda con usted.

DOCTOR: ¡Sin duda ha superado con creces su pretensión de originalidad!

SMITH: Es mucho más maravilloso explicar un milagro que obrarlo. ¿Cuál ha sido su explicación, por cierto?

ILUSIONISTA: No se lo diré.

SMITH: *(Sorprendido.)* ¿De veras? ¿Por qué no?

ILUSIONISTA: Porque Dios y los demonios y ese misterio inmortal que usted niega han estado aquí esta noche. Porque usted sabe que han estado aquí. Porque usted conoce a los espíritus tan bien como yo y los teme tanto como yo.

SMITH: ¿Y?

ILUSIONISTA: Porque todo esto no serviría. Si yo le contara la mentira que le he contado a Morris Carleon sobre mi truco...

SMITH: ¿Sí?

ILUSIONISTA: Usted lo creería lo mismo que lo ha creído él. Usted no entiende (*señalando la lámpara*) cómo ha podido hacerse el truco de manera natural. Sólo yo he descubierto cómo podía hacerse... después de haberlo hecho con mi magia. Pero si le cuento la manera natural de hacerlo...

SMITH: ¿Sí?

ILUSIONISTA: Media hora después de salir de esta casa todos ustedes contarán cómo lo he hecho.

(*El ILUSIONISTA se abotona la capa y se acerca a PATRICIA.*)

ILUSIONISTA: Adiós.

PATRICIA: No le diré adiós.

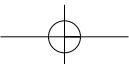
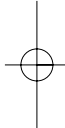
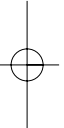
PATRICIA: Sí. Este cuento de hadas se ha acabado, real y verdaderamente. (*Lo mira un instante con esa antigua mirada mística.*) Para un cuento de hadas, es muy duro acabar. Si le deja tranquilo, perdura siempre. Nuestro cuento de hadas se ha acabado del

único modo en que pueden acabarse los cuentos de hadas. Del único modo en que un cuento de hadas puede dejar de serlo.

ILUSIONISTA: No lo entiendo.

PATRICIA: Se ha hecho realidad.

Telón



Este libro se terminó
de imprimir en octubre
de 2008

